

---

# **ISAIAH BERLIN: LA FUERZA DE LAS IDEAS**

*Julio Amador Bech*

## **Resumen**

Partiendo de algunas ideas centrales de la obra de Isaiah Berlin el propósito de este ensayo es poner de manifiesto algunas de las complejas y sutiles relaciones que existen entre las ideas políticas, ordenadas a la manera de sistemas de pensamiento y el quehacer político. Siguiendo una secuencia histórico-conceptual que el propio Berlin ha expuesto en diversas obras, se definen cuatro periodos fundamentales del pensamiento político: 1. Monismo, 2. Pluralismo, 3. Iluminismo y 4. Crítica del iluminismo. El ensayo intenta hacer patente la vigencia de estas diversas corrientes de pensamiento en la política de nuestros días.

## **Abstract**

Based on some central ideas of the work of Isaiah Berlin, the main objective of this essay is to expose some of the complex and subtle relations that exist between political ideas, grouped together as a system of thought and the political action. Following a historical and conceptual sequence, set forth by Berlin in several of his works, the following four fundamental periods of political thought are established: 1. Monism, 2. Pluralism, 3. Illuminism, and 4. Critique of illuminism. The work tries to emphasize the validity of these different currents of political thought in our days.

Berlin, nuestro contemporáneo, posee la capacidad de mostrar en su obra dos cosas fundamentales: la influencia de las ideas en la historia, en la vida; así como la *actualidad* o *caducidad* de las ideas de otras épocas en nuestro tiempo. Esta visión panorámica de la historia del pensamiento

---

occidental le permite algo que es sumamente difícil de lograr como historiador: tomar distancia respecto de las ideas que han moldeado *nuestro mundo*, de las ideas que configuran nuestra propia sustancia social y proponen su significado de la vida; de las ideas que constituyen las herramientas básicas para interpretar lo que ha sido y es nuestra historia.

Estamos tan influidos por ellas que, al igual que la mesa en la que comemos todos los días, las damos por conocidas, dejamos de percibirlas, de reflexionar acerca de ellas, de cuestionarlas. Berlin se mueve con la habilidad del zorro entre las ideas y nos las devuelve dotadas con nuevas cualidades, las recibimos como si se tratara de las piezas olvidadas de nuestra colección personal de objetos, después de haber sido pulidas y restauradas. Las vemos más limpias y claras, pero también organizadas y acompañadas de una explicación que las sitúa en un orden histórico y jerárquico, permitiéndonos comprenderlas, dentro de las peculiares y complejas relaciones que guardan entre sí.

Berlin muestra la vida de las ideas con una gran claridad y una maestría tal, que son expuestas con esa "apariencia de objetividad" que ha elogiado Vargas Llosa.<sup>1</sup> A ello contribuyen dos tradiciones de las que participa: la sutileza de pensamiento, propia de su herencia judía europea y la gran escuela histórica inglesa que ha dado un buen número de los mejores historiadores modernos y contemporáneos. Berlin, además, reflexiona sobre los dilemas fundamentales de nuestro tiempo: los expone, los ordena y los discute. La perspectiva de la historia de las ideas se lo permite y, justamente, esos nudos gordianos del mundo actual son los que ha comenzado a desanudar.

Para poder interpretar con sistematicidad la obra de Berlin es necesario proponer una secuencia histórica que apoye la secuencia conceptual. Pero, antes que nada, se debe responder a aquel que se pregunta: ¿por qué ir a la historia de las ideas para enfrentar los dilemas políticos actuales? El propio Berlin lo explica al mostrar que los dos factores que han dado forma a la historia de este siglo son el *desarrollo tecnológico* y las *grandes tormentas ideológicas*. Las revoluciones, las tiranías totalitarias de

---

<sup>1</sup> Cfr. "Un héroe de nuestro tiempo", presentación de Isaiah Berlin, *El erizo y la zorra*, Barcelona, Muchnik Editores, 1981.

derecha y de izquierda, la guerra de exterminio, el nacionalismo y el racismo, la intolerancia religiosa, fenómenos todos justificados con *inmensos aparatos ideológicos y propagandísticos* han moldeado el rostro del siglo XX. Ahí radica la fuerza de las ideas, dice Berlin:

...estos grandes movimientos se iniciaron con ideas en las cabezas de la gente: ideas acerca de lo que han sido las relaciones entre los seres humanos, de lo que podrían ser y deberían ser... esas ideas llegaron a transformarse en nombre de la visión de cierta *meta suprema* depositada en la mente de los líderes, sobre todo de profetas que contaban con ejércitos en su apoyo. Tales ideales son la sustancia de la ética.<sup>2</sup>

Coincido punto a punto con Berlin. Difícilmente podría caracterizarse con mayor claridad el *nudo* político decisivo de nuestra época. Primero tenemos *ideas* que fundamentan y dan sentido a la acción política, ideas que tienen la capacidad de movilizar a grandes masas hacia la realización de objetivos políticos y/o militares. Enseguida vemos que estas ideas son *preconcepciones* de un *deber ser* de la organización social y política. Existe ya una *meta predeterminada* que da sentido a la acción política y a la cual están *subordinados la vida y su sentido fundamental*. Estas ideas son los *valores morales* que justifican, que han justificado, a lo largo de nuestra historia, las más terribles atrocidades en nombre de “valores superiores”, en nombre del “Bien” y su realización. Son, finalmente, las ideas que han permitido la subordinación de las metas particulares y de pequeños grupos a los grandes objetivos generales y abstractos; son también las ideas que han permitido el sacrificio de la vida real y presente, en nombre de metas futuras, promesas de paraísos terrenales que lograrán, en un futuro, la implantación final de la sociedad ideal, la erradicación del “Mal”, la realización del “Bien”. Deliberadamente escribo bien y mal entre comillas, porque sé, como he mostrado en otra parte, que estas definiciones éticas son *arbitrarias y contingentes*.<sup>3</sup>

<sup>2</sup> “Arbol que crece torcido”, *Vuelta*, México, 1992, p. 13 (cursivas nuestras).

<sup>3</sup> Cfr. *Al filo del milenio, nihilismo, escepticismo, religiosidad*, México, UNAM, 1994, pp. 45-67.

---

A pesar de que en la modernidad los valores morales se han secularizado, no han dejado de ser el sustento de la acción política. Este fenómeno histórico configura, en su conjunto, la *impronta nihilista* de nuestra época y, más aún, de la cultura de Occidente. Entendiendo por nihilismo la *negación de la vida* —y de su realización plena, aquí y ahora— en y por los *valores morales abstractos* que se sitúan por encima de ella, sacrificándola y sometiéndola. La vida adquiere un valor de nada, pierde su valor frente a una moral que se sitúa por encima de ella y la niega. Antes que la vida está “la realización del Bien”. De esa manera la vida es depreciada y negada, subordinada a conceptos abstractos y arbitrarios de un deber ser que la conciben como superflua e intrascendente. Introducimos así una primera noción de nihilismo que complementa —como el erizo a la zorra— la noción de Berlin sobre el nihilismo, que se refiere, más bien, a una segunda forma, derivada de la primera, y que se define por el abandono de toda moral, el desprecio hacia cualquier clase de valores superiores, el *taedium vitae*, la deposición de toda voluntad vital afirmativa. Tales manifestaciones del nihilismo son complementarias y caracterizan la terrible herencia de *nuestra* historia, de nuestra época.

Frente a esos valores Berlin opone *la tolerancia, el pluralismo, el respeto y la protección de la vida, en su sentido amplio y abierto*. Con esta finalidad Berlin apela a valores morales humanos, en un sentido *positivo*, que están también presentes dentro de la tradición occidental y que nos permiten una política tolerante y pluralista.<sup>4</sup>

Berlin abre la posibilidad de la *diferencia* y de la convivencia de esas diferencias dentro de ciertos límites que nos permitan estar a salvo —una vez que hemos aprendido de los horrores de la guerra y el totalitarismo— de las ideologías para las cuales el fin justifica los medios, cualesquiera que éstos sean. Me uno decididamente a este esfuerzo tolerante y pluralista, sin embargo, no dejo de preguntarme: ¿cómo revertir, cómo transformar ese sentido nihilista sustantivo que domina a la civilización actual?

Después de Michel Foucault ya no podemos concebir al poder como

---

<sup>4</sup> Cfr. Isaiah Berlin, *op. cit.*, “La unidad europea y sus vicisitudes”, pp. 217-253.

puramente negativo, como una mera dominación, totalmente ajena a los dominados. Por el contrario, estamos obligados a comprender, de cara a los dilemas de nuestro tiempo, las formas y mecanismos diversos mediante los cuales el poder se extiende a todos los niveles de la sociedad, los procesos mediante los cuales el conjunto de la sociedad participa y, de variadas formas, posibilita el surgimiento y desarrollo del totalitarismo y la violencia. Tenemos que explicar cómo surgen y se consolidan las ideas, *los valores* que justifican y fundamentan el uso y abuso de la violencia en nombre de una causa universal, nacional, racial o religiosa.

No obstante la aparente diversidad temática de su obra, Isaiah Berlin emprende de manera sistemática la tarea de rastrear, cuidadosamente, las fuentes de las ideas fundamentales del pensamiento occidental, así como también se encarga de explicar los orígenes y fundamentos de esas vertientes conceptuales y su influencia en el curso de la historia. Por lo menos, los tres primeros volúmenes de sus *Selected Writings* tratan explícitamente de estas cuestiones. Eso nos permitiría ordenar lo más importante de su pensamiento en una veintena de proposiciones teóricas. De sus hipótesis teóricas se derivan consecuencias éticas para la vida política de nuestro tiempo. Nos corresponde mostrar la secuencia molesta, el *lado oscuro* del pensamiento occidental, que complementaría una secuencia genealógica, paralela, de la tolerancia y el pluralismo. Esta intención no es ajena a Berlin, quien, en el ensayo que hemos citado acerca de la unidad europea, manifiesta esa intención:

Hoy por hoy es un lúgubre lugar común afirmar que ningún siglo ha visto tan implacable y sostenida masacre de seres humanos como el nuestro. Comparadas con él, incluso las guerras religiosas y las campañas napoleónicas parecen limitadas y humanas... Vivimos una época en la que ideas políticas que fueron concebidas por pensadores fanáticos —algunos de los cuales merecieron muy poca consideración en su momento— han ejercido una revolucionaria influencia en la vida de los hombres, más violenta que nunca desde el siglo XVII.<sup>5</sup>

<sup>5</sup> *Ibid.*, p. 217.

Enseguida, el autor manifiesta su intención de poner a discusión las ideas que están en la raíz de ese desarrollo, crecientemente violento, de la civilización actual. De ahí parte a una periodización de esas ideas, cuyos momentos principales serían:

I. Una primera etapa de la civilización en la cual se pensaba que existía una *verdad única e indivisible* que permitía comprender al cosmos, a la vida y a la sociedad. Ya sea que la fuente de este conocimiento fuese *la revelación religiosa* como en las culturas hebrea, cristiana y musulmana o que fuese *la razón* como en las culturas clásicas greco-latinas, la confianza profunda en esa verdad y en toda política sustentada en ella constituía el denominador común. Estas ideas descansaban en tres supuestos comunes:

a) “Todas las preguntas genuinas deben tener una sola respuesta verdadera, mientras que las demás son necesariamente erróneas”;

b) “Debe existir una ruta confiable hacia el descubrimiento de esas verdades”;

c) “Una vez halladas las respuestas verdaderas, deben ser necesariamente compatibles entre sí y constituir un todo único, pues una verdad no puede ser incompatible con otra”.<sup>6</sup>

Llendo más allá, Berlin descubre y muestra una *relación fundamental* entre la concepción de la verdad y toda la configuración de la organización social y política de la sociedad. Es decir, este discurso epistemológico supone una ontología y una ética:

Esta suerte de omnisciencia era la solución al rompecabezas cósmico. En el terreno de la moral, podríamos concebir entonces cómo debería ser la vida perfecta, que se fundaría en la correcta comprensión de las reglas que gobiernan el universo.<sup>7</sup>

<sup>6</sup> *Ibid.*, p. 18.

<sup>7</sup> *Ibid.*, pp. 18-19.

Difícilmente podríamos negar que los movimientos y pensadores mesiánicos, utópicos y revolucionarios —de la Antigüedad a nuestros días— no compartan de alguna forma esta matriz platónica de pensamiento. No obstante una categorización mucho más sutil y compleja, la aparición de una concepción que relativiza los valores y los sitúa en contextos históricos determinados y dentro de un desarrollo y un sentido llamado dialéctico de cambio, Hegel y Marx comparten la idea de una *finalidad de la historia*, inherente a su propio desarrollo, participan de esta misma noción *teleológica* de la historia. Todas estas corrientes diversas coinciden en que llegará el momento en el cual la humanidad tomará el destino en sus manos, dejando de estar sometida a las fuerzas ciegas de la naturaleza y de la historia que la han dominado, logrando, finalmente, controlarlas y armonizarlas. En ese sentido Berlin concluye:

...no era imposible concebir que tal paraíso terrenal fuera posible; y a la par que concebirlo podríamos... procurar dirigirnos hacia él. Esto se encuentra en el núcleo del pensamiento ético, de los griegos a los visionarios cristianos del medioevo, del Renacimiento al pensamiento progresista del siglo pasado; y de hecho, hay muchos que creen en ello actualmente.<sup>8</sup>

Para Berlin la noción de una totalidad perfecta, de una solución final en la que todo lo bueno coexiste, es no sólo inalcanzable sino teóricamente incoherente. Esta concepción utópica y escatológica de la historia es excluyente y pretende negar nuestro lado oscuro: la inevitable existencia de lo que de diversas maneras se ha definido como: “el Mal”. Creo, junto con Nietzsche que, siendo el pasado infinito, como lo es, el mundo, si tuviese una finalidad, ya la hubiera alcanzado desde hace mucho tiempo.

Seguidamente, Berlin expone las consecuencias, las terribles consecuencias de una forma tal de pensar:

La posibilidad de una solución final —incluso si olvidamos el terrible significado que estas palabras adquirieron en tiempos de Hitler— resulta ser una

<sup>8</sup> *Ibid.*, p. 20.

---

ilusión; una ilusión muy peligrosa. Pues si uno en verdad cree que semejante solución sea asequible, entonces, seguramente, ningún precio será lo suficientemente alto para alcanzarla: hacer a la humanidad justa, dichosa, creativa y armoniosa para siempre —¿cuál podría ser un precio demasiado alto para pagarlo? Para hacer un *omelette* así, seguramente no hay límite en el número de huevos que hay que romper— tal fue la creencia de Lenin, de Trotski, de Mao, y hasta donde sé de Pol Pot.<sup>9</sup>

Todo justificado por el ideal, de cuya realización nada podemos saber, de lo único que podemos estar seguros, dice Berlin, es de la *realidad del sacrificio* que la búsqueda del ideal exige. En la modernidad, relataba Alexander Herzen, refiriéndose irónicamente a las revoluciones de 1848, ha surgido una nueva forma de sacrificio: el sacrificio de los seres humanos en los altares de la abstracción.

II. Una segunda gran línea de pensamiento se abre con aquellos teóricos que descubren y comprenden la posibilidad de coexistencia de concepciones diversas y aún divergentes de la noción de verdad. Nace la *diferencia* como categoría que permite localizar y comparar cuerpos conceptuales diversos y, en ocasiones, opuestos.

a) Así, aunque Maquiavelo no es todavía un pensador pluralista, es plenamente capaz de mostrar la diferencia de los valores cristianos medievales y los valores paganos de las culturas clásicas greco-latinas, en términos de la mayor eficacia política de los valores clásicos para crear una república fuerte. En cambio, veía en los valores cristianos, signos de decadencia y debilidad que impedirían a los gobernantes sostener un Estado de tipo romano, como era lo deseable —desde su punto de vista. Berlin lo explica de manera muy sencilla y precisa:

Creo que tal vez Maquiavelo haya sido el primero en reconocer la posibilidad de dos sistemas de valores opuestos, el cristiano y el que conviene llamar pagano. No ofrece un criterio abarcador para determinar la elección en-

<sup>9</sup> *Ibid.*, p. 30.

tre ambos. No dice que uno sea superior al otro. Está claro que prefiere los valores de la Roma pagana, pero no condena ni critica a la cristiandad...<sup>10</sup> Pero Maquiavelo plantea además de lo anterior, la noción de virtudes cristianas —humildad, aceptación del sufrimiento, desapego del mundo, esperanza de salvación en un mundo futuro— y destaca que si un Estado de tipo romano hubiera de establecerse —como él lo promueve abiertamente— estas cualidades no lo favorecerían: quienes vivan según los preceptos de la moral cristiana serán pisoteados por quienes buscan sin escrúpulos el poder...<sup>11</sup>

Berlin narra de que manera la lectura de Maquiavelo lo sacudió, socavando su anterior suposición, basada en la *philosophia perennis*, de que no podía haber conflicto entre los objetivos y respuestas verdaderos a los problemas medulares de la vida. Para él, la importancia de Maquiavelo radica, además de otras razones, en que plantea con claridad la posibilidad de *aceptar la existencia de conflictos de valores, de luchas entre sistemas de valores*.

b) Vico, a quien Berlin ha dedicado varios ensayos y comentarios en sus entrevistas, tiene una gran importancia porque, además de ser el primero, según el autor, en entender qué es la cultura humana, reflexionó de manera importante sobre las *diferencias culturales* y sus orígenes. Se interesó en comprender la sucesión de las culturas humanas:

...cada sociedad tenía, según él, su propia visión de la realidad, del mundo en que vivía, visión de sí misma y de sus vínculos con el pasado, con la naturaleza, con lo que ella perseguía. Y esa visión de una sociedad se transmite en todo lo que sus miembros hacen, piensan y sienten —y se expresa y encarna en las clases de palabras, en la forma del lenguaje que hablan, en las imágenes, las metáforas, los modos de culto, en las instituciones que generan, cosas que encarnan y expresan su imagen de la realidad y del lugar que ocupan en ella; imagen por medio de la cual subsisten.<sup>12</sup>

<sup>10</sup> *Isaiah Berlin en diálogo con Ramin Jahanbegloo*, Madrid, Anaya & Mario Muchnik, 1993, p. 77.

<sup>11</sup> *Loc. cit.*, *Árbol...*, p. 21.

<sup>12</sup> *Ibid.*, p. 22; *Cfr. también, Contra la corriente*, México, FCE, 1992 y *Loc. cit.*, *Isaiah Berlin en diálogo...*, 55 y ss.

---

Berlin ve en Vico, más que un iniciador de la teoría del relativismo cultural, un precursor del pluralismo, debido a que su distinción de las culturas atendía más a las diferencias que a las similitudes, sembraba, de esa manera, la semilla del pluralismo —no obstante que no se le prestó atención a su obra sino hasta el siglo XIX.

Herder sucede y acompaña a Vico en esta empresa. De acuerdo con Berlin, Herder fue más allá, comparó las culturas nacionales de diversos países y periodos, sosteniendo que cada sociedad tiene su propio centro de gravedad, diferente de los demás. Cada cultura posee su propio estilo de vida que se refleja en todos y cada uno de los aspectos de la vida. Esto es lo que entiende por pluralismo, al considerar a ambos como pensadores que abren ese horizonte:

...las perspectivas de Herder y de Vico... son lo que debería llamarse pluralismo —es decir, la noción de que existen muchos fines diferentes que los hombres pueden perseguir y, no obstante, ellos seguirán siendo totalmente racionales, totalmente humanos, capaces de comunicarse y comprenderse, y de obtener luz uno del otro...<sup>13</sup>

Debemos considerar en un sentido laxo y relativo los conceptos de “racional” y “humano” que Berlin utiliza, pensando que provienen de la cultura occidental, impregnada, desde la Antigüedad clásica, de regionalismo: de eurocentrismo.

III. La Ilustración es el momento decisivo para la constitución del pensamiento europeo como discurso racional. Señalada por infinidad de autores, entre los contemporáneos más importantes, Foucault —que ha dedicado una parte significativa de su obra a estudiarla— también por Adorno y Horkheimer —que llevan a cabo la crítica más sistemática de su discurso— como la *época de la plena explicitación del racionalismo y el antropocentrismo europeos*.

Berlin ha mostrado, sin lugar a dudas, el sitio central que ocupa la

<sup>13</sup> *Ibid.*, p. 24.

Ilustración en la historia del pensamiento occidental, sin embargo, se ocupa más de los autores críticos de la Ilustración que del iluminismo, propiamente dicho, pues como él mismo confesó en uno de sus diálogos con Ramin Jahanbegloo, le interesan más los autores que critican las ideas en las que él cree que los que las defienden.<sup>14</sup> Esto no obsta para que no se interese en definir las líneas generales del proyecto iluminista:

La proclamación de la autonomía de la razón y los métodos de las ciencias naturales, basados en la observación como el único método de conocimiento digno de confianza, y el consiguiente rechazo de la autoridad de la revelación, las escrituras sagradas y sus aceptados intérpretes, tradición, prescripción, y toda fuente de conocimiento no racional y trascendente... Las doctrinas centrales de los progresistas pensadores franceses... descansaban en la creencia... de que la naturaleza humana era fundamentalmente la misma en todos los tiempos y lugares... los seres humanos podían ser definidos como una especie... que había metas humanas universales; que una estructura lógicamente conectada de leyes y generalizaciones susceptible de demostración y verificación podría ser construida y remplazar la caótica amalgama de ignorancia... superstición, prejuicio, dogma, fantasía y, por encima de todo, el "error interesado" mantenido por los gobernantes del orbe ...Se creyó posteriormente que métodos similares a los de la física newtoniana, que había logrado grandes triunfos en el reino de la naturaleza inanimada, podrían ser aplicados con igual buen éxito a los campos de la ética, la política y las relaciones humanas en general... una vez que esto se hubiera efectuado se barrerían sistemas legales y políticas económicas irracionales y opresivas al ser sustituidas por el gobierno de la razón, el que rescataría a los hombres de la injusticia y la miseria política y moral y los pondría en la senda de la sabiduría, la felicidad y la virtud.<sup>15</sup>

Sabiendo lo difícil que es exponer de manera sencilla ideas complejas, sorprende la capacidad de Isaiah Berlin para hacerlo. El arte de un maestro radica en hacer parecer que lo difícil es fácil.

<sup>14</sup> *Op. cit.*, p. 105.

<sup>15</sup> *Contra la corriente*, pp. 59-60.

Este pensamiento fundamental de la Ilustración marcó un hito en la historia, abriendo la perspectiva completa de un nuevo paradigma de verdad que se sustentaba en la reducción del saber a lo racional y en el desplazamiento definitivo de Dios, del centro de la existencia humana, situando al hombre y su pretendido dominio sobre la Naturaleza en el lugar de Dios. Racionalismo y antropocentrismo, los nuevos pilares del pensamiento humano.

Berlin es bastante explícito respecto de cuáles son sus coincidencias con el pensamiento iluminista, démosle la palabra:

Soy fundamentalmente un racionalista liberal. Me identifico profundamente con los valores predicados por pensadores como Voltaire, Helvetius, Holbach, Condorcet. Tal vez fueran demasiado estrechos, y muchas veces se equivocaron respecto a los hechos de la naturaleza humana, pero eso no mengua su condición de grandes liberadores. Liberaron a la gente de diversos horrores, del oscurantismo y el fanatismo, de enfoques monstruosos. Se opusieron a la crueldad, a la opresión, libraron la lucha apropiada contra la superstición y la ignorancia y contra muchas cosas que arruinaban la vida de la gente. Por eso estoy de su lado. Pero son dogmáticos y demasiado simplistas. Si me interesan los puntos de vista de la oposición es porque creo que comprendiéndolos uno afirma su visión; los enemigos inteligentes y dotados de la Ilustración suelen señalar las falacias y vacuidades de su pensamiento.<sup>16</sup>

IV. La crítica del iluminismo —y de sus discípulos racionalistas de los siglos XIX y XX—, de sus ideas fundamentales y de las consecuencias que éstas tuvieron para la historia moderna y contemporánea es muy extensa y llega a nuestros días, comprende a muchos de los más importantes poetas, artistas y filósofos de finales del siglo XVIII a los albores del XXI. La primera generación de críticos del iluminismo es decisiva, la componen quienes han sido los grandes maestros del arte moderno, los románticos, monstruos como Hölderlin y Novalis. Como bien dice H. Honour debiéra-

---

<sup>16</sup> *Loc. cit.*, *Isaiah Berlin en diálogo...*, pp. 97-98.

mos hablar de Romanticismos, debiéramos hablar en plural más que del sustantivo singular. En contra de lo que se ha creído comúnmente, el Romanticismo no es simplemente una reacción, un movimiento contestatario respecto de un pensamiento dominante existente, sino, simultáneamente, un movimiento afirmativo de *nuevos valores*. La conciencia de la distancia creada por la civilización entre el hombre y la naturaleza, como en los paisajes de Caspar David Friederich. La potencia colosal, incontrolable y misteriosa de las fuerzas naturales de cara a las limitadas capacidades humanas para comprenderlas y dominarlas como en la pintura de Joseph William Mallord Turner. La importancia de las sociedades salvajes, lejanas y poco comprensibles desde la perspectiva de la Razón. Las sutiles verdades descubiertas por la voz de la intuición. La rica gama de las emociones como ampliación del horizonte vital. La verdad del amor, más poderoso que la muerte. La complejidad y sabiduría de los mitos de cara a la parca frialdad de la ciencia. La recuperación de la riqueza poética y humana de las épocas pasadas. La fuerza de lo extraordinario y sobrenatural. El valor de los sueños y sus enseñanzas. La importancia de la imaginación y la creatividad. La mística del valor y la entereza, el impulso hacia la aventura, el elogio del generoso riesgo...

El Romanticismo es tan vasto y ha abierto tantas posibilidades para la experiencia que si de algo puede ser calificado es de *verdaderamente pluralista*. Ha influenciado de una u otra manera a los artistas más importantes de los últimos dos siglos, por no hablar de la historia de las ideas, en este sentido cabe mencionar a dos de los filósofos más importantes de nuestra era: Nietzsche y Heidegger.

Otro asunto diferente es el de la influencia del Romanticismo en la política y en la vida cotidiana. Berlin deslinda claramente estas esferas, en detrimento de la política, como a mi juicio debe hacerse. Un cierto discurso romántico deformado y extrapolado dio pie, efectivamente, a la justificación del líder y sus excesos, a su mitificación con fines autoritarios, apuntaló también al mito de la raza y la nación, pero, como bien dice el propio Berlin:

Nunca debiéramos culpar a nadie por lo que un día pueda derivarse de su

---

---

pensamiento. Es ridículo echarle a Hegel la culpa del nazismo, y sin embargo hay quien lo hace.<sup>17</sup>

Hay algo extraordinariamente inteligente y original en el ensayo de Berlin acerca del Romanticismo: el olfato del zorro que le permite rastrear dos conceptos decisivos que cobran un sentido completamente nuevo con el Romanticismo y sus seguidores: *vida interior* y *voluntad* —de los que Berlin hace una minuciosa genealogía.<sup>18</sup>

Los valores románticos tuvieron una influencia poderosa en la vida de los jóvenes de su tiempo, dice Berlin:

...para fines del siglo XVIII y principios del XIX encontramos un violento desprecio de las reglas y las formas... demandas apasionadas por la libertad de expresión de grupos, movimientos e individuos en toda dirección. Los estudiantes idealistas de las universidades alemanas no tenían ningún interés en metas como la felicidad, la seguridad o el conocimiento científico, la estabilidad política y económica y la paz social... Para los discípulos de la nueva filosofía, el sufrimiento era más noble que el placer, el fracaso preferible al éxito mundano que tenía algo de miserable y oportunista y que seguramente podía obtenerse sólo al costo de traicionar la integridad personal, la independencia, la luz interior, la visión ideal interna. Creían que las minorías y especialmente todos los que sufrían por sus convicciones eran los depositarios de la verdad, y no las mayorías inconscientes... que la sinceridad, la autenticidad y la intensidad del sentimiento, y sobre todo el desafío —que involucraba la lucha perpetua contra las convenciones, contra las fuerzas opresoras de la Iglesia, el Estado y la sociedad filistea ...eran valores sagrados ... Estos hombres fueron campeones no del sentimiento en contra de la razón sino de otra facultad del espíritu humano, fuente de toda vida y actividad, heroísmo y sacrificio, de nobleza e idealismo... la orgullosa, indomable, incontenible voluntad humana.<sup>19</sup>

Habrá que distinguir también aquí la distancia existente entre arte y

<sup>17</sup> *Ibid.*, p. 99.

<sup>18</sup> “La apoteosis de la voluntad romántica”, en *Árbol que crece torcido*.

<sup>19</sup> *Ibid.*, pp. 263-264.

vida cotidiana, entre arte y moda. Para concluir este fragmento, recordar a Schiller que creía que la única posible salvación del hombre está en el reino del arte.

Este recorrido por la historia de las ideas —guiado por Isaiah Berlin— nos permite ver cuánto de estas ideas está aún vivo en este momento y forma parte sustantiva de los dilemas verdaderos, crudos y reales de nuestro tiempo: la supervivencia de las filosofías de la salvación en sus vertientes laicas y religiosas; la inercia del racionalismo frío, de la fe acrítica en la ciencia y la técnica modernas y sus consecuencias devastadoras para la vida en el planeta; la lucha entre la visión trágico-poética y el nihilismo activo. El desencanto respecto del mito del progreso y el nihilismo pasivo. Las nuevas amenazas de la guerra y la violencia. La nueva inercia totalitaria de las sociedades democráticas, donde por obra de fuerzas anónimas la sociedad pierde su capacidad de intervención real en las decisiones políticas frente a la gran concentración de poder económico y político en las élites, al lado de la eficacia integradora del consumo como mitificación de la libertad.

No sé si haya respuesta. Pero sí puedo decir que tengo el derecho, como cada uno de nosotros lo tenemos, de reflexionar sobre estos dilemas con libertad y de expresar esta reflexión. En ese terreno coincido con Berlin: sólo un esfuerzo de tolerancia y aceptación del pluralismo pueden sentar las bases de una solución pacífica y sensata. Y aunque rechazo la violencia, no sé si una solución pacífica sea posible para nuestro mundo, espero que sí, existen intereses muy poderosos que están en contra de la paz. Sólo espero que seamos lo suficientemente fuertes y hábiles para sobrevivir y salvar al planeta azul sin guerras y sin holocausto.

